



# La maceta vacía

## Un cuento popular chino

Chung chin, (érase una vez) un emperador chino que amaba la naturaleza. El emperador era ya muy mayor y sentía que era el momento de elegir a un sucesor para ser el nuevo emperador cuando él no pudiera liderar el reino. Dado que al emperador le gustaba tanto la naturaleza, decidió que las plantas le ayudaran a elegir. Un día de primavera, el emperador llamó a reunirse con él a todos los niños del reino.

Les dijo: “Es el momento de que elija al futuro emperador para que lidere China cuando yo ya no pueda. He decidido elegir a uno de vosotros, ¡los niños de mi reino! Hoy os daré una semilla muy especial a cada uno. Quiero que todos vayáis a casa, plantéis la semilla y la cuidéis durante un año. Dentro de un año a partir de hoy, volveréis al palacio y me mostraréis lo que haya crecido de vuestra semilla. ¡Observaré las plantas y decidiré quién será el emperador!”.



Los niños y sus familias estaban entusiasmados, pero nadie estaba tan emocionado como un niño pequeño llamado Ling. Ling amaba tanto la naturaleza como al emperador. Adoraba trabajar en el bello jardín familiar y sabía cómo cuidar bien las plantas. Estaba seguro de que podía hacer crecer la más bella de las plantas.

Ling hizo cola con el resto de niños para recibir su semilla. Cuando el emperador posó la semilla en la palma de Ling, el corazón del pequeño empezó a acelerarse. Corrió sin descanso hasta llegar a casa, llenó una maceta con tierra y plantó cuidadosamente la semilla. Ling regó la semilla día tras día y se aseguró de que no le faltara la luz del sol. ¡Estaba ansioso por verla crecer!

Día tras día, Ling observaba y esperaba, pero no veía crecer nada. Cuando el resto de niños empezó a hablar sobre sus brotes y plántulas, Ling empezó a preocuparse por su semilla. La trasplantó a una maceta nueva y más grande que llenó con tierra abonada y no olvidó regarla ni un solo día; pero seguía sin ver nada crecer. Pasaron semanas y meses, y los demás niños hablaban de cómo sus plantas empezaban a florecer, pero Ling sólo tenía una maceta llena de tierra. No había flores, ¡ni siquiera un brote! ¡Estaba desolado!

Finalmente llegó la primavera y todos los niños del reino se vistieron con sus mejores galas para volver al palacio con sus plantas. Ling estaba preocupado por lo que pensarían el emperador y el resto de niños de su maceta vacía, pero su madre le animó: “Has trabajado muy duro y lo has hecho lo mejor que has podido. ¡Debes estar orgulloso de tu trabajo!”. Así pues, Ling siguió a los niños hasta el palacio cargando su maceta vacía en las manos.

Cuando Ling llegó al palacio, el patio estaba repleto de niños con hermosas plantas floreciendo y el aire olía al dulzor de las flores. Sin embargo, el emperador fruncía el ceño mientras pasaba frente a los niños, uno por uno, mirando con atención sus bellas plantas. Finalmente llegó hasta Ling, que sujetaba su maceta vacía.

“¿Por qué me has traído una maceta vacía?”, preguntó el emperador. Ling sintió tanta vergüenza que empezó a llorar. Entre lágrimas, dijo: “Su majestad, he hecho todo lo que he podido. Planté la semilla el mismo día que usted me la entregó. La regué cada día y me aseguré de que no le faltara la luz. ¡Incluso le canté! Pero no ha crecido nada. Intenté transplantarla a una maceta más grande con tierra abonada y regarla con agua de otra fuente, pero mi semilla tampoco creció. Por eso, hoy le traigo una maceta vacía”.

Para sorpresa de Ling, ¡el Emperador sonrió! Miró a la multitud y dijo: “Niños, hace un año os entregué a todos una semilla para que la plantarais. Lo que no os dije fue que todas las semillas habían sido hervidas y que por ello nunca podría crecer una planta. Las flores y plantas que me habéis traído no han podido crecer de las semillas que yo os entregué. Sólo este niño, que sujeta una maceta vacía, ha sido sincero conmigo. Por ello, ¡debe ser vuestro nuevo Emperador!”.

